

Piazza pública

► Discursos y gremios

► Ibarra, Oteyza, Alegría

Miguel Angel Granados Chapa

Escogemos, entre los muchos pronunciados en la quinta reunión de la República, tres discursos, por su relación con segmentos importantes de la población.

Dijo el secretario de Hacienda, don David Ibarra:

"Queremos que la conciencia de la clase obrera no se empobrezca en planteamientos sectarios de gremios privilegiados. La tarea es mucho más compleja". Antes había explicado que "la equidad social no se alcanza simplemente apoyando las reivindicaciones de los trabajadores ya ocupados. Más aún, cuando éstas se dan en exceso o abruptamente, sólo se exagera la inflación y se estorba el desarrollo. Lo que importa es elevar la condición y multiplicar las oportunidades de quienes siempre han estado segregados".

Este último objetivo, explicó el secretario de Hacienda, en sus primeras etapas "consiste centralmente en ensanchar el mercado de trabajo a fin de incorporar, al estrato moderno de la economía, a la población subocupada, en evitar el éxodo de la mano de obra que no encuentra empleo remunerativo en sus lugares de origen, en acrecentar las oportunidades de esos grupos para acceder al adiestramiento, a la educación y a tantas otras vías de ascenso social".

Como dicen los indecisos, sí y no. Eso es lo que habría que decir al razonamiento de Ibarra, quien pronunció uno de los documentos más sólidos y serios de la reunión tapatía. Es cierto que las aristocracias obreras suelen convertirse en egoístas luchadores contra el interés de sus hermanos de clase. Y es cierto que, por ejemplo, la escala móvil de salarios beneficiaría a quienes los tienen, pero perjudicaría de manera contundente a la gran masa que no los percibe, porque los precios se irían inevitablemente hacia arriba. Pero, ¿por qué tienen que ser los propios trabajadores, aun los miembros de sindicatos aristocráticos, los que carguen con el peso del desarrollo, sacrificando sus demandas, sujetas todavía hoy a inequívocos topes salariales?

En ese punto es donde cobra sentido el segundo de los discursos cuyo comentario emprendemos hoy. Se trata de lo dicho por José Andrés de Oteyza, y de las reacciones que provocó.

Oteyza se refirió a los *cacerolistas*, los núcleos empresariales que pretenden desestabilizar al gobierno cuando ven intentos de atenuar sus privilegios. "En un país que no ha alcanzado a establecer el seguro de desempleo, no podríamos legítimamente operar un seguro a la ineficiencia empresarial". Tuvo razón plena al decirlo. Ello sería consagrar, en el extremo, la inequidad prevaleciente. Pero los líderes empresariales se enojaron. Algunos de ellos, conforme a prácticas parlamentarias muy conocidas, abandonaron ruidosamente el vasto salón en que se reunían los más altos funcionarios de la República y los líderes del sector privado.

El grado de su irritación da la medida del acierto que tuvo Oteyza al hablar de ellos como lo hizo, los principales dirigentes privados lamentaron lo que llamaron un ex abrupto, pues sienten que no se les debe tocar ni con el pétalo de una rosa. En tal apreciación de las cosas no están solos. Una hipersensibilidad semejante fue notoria en el discurso de la secretaria de Turismo, doña Rosa Luz Alegría. Al final de un texto que no tuvo que ver casi con su actividad al frente de la secretaría, sino que repitió conceptos que la doctora manejaba cuando era la evaluadora del gobierno, dijo la funcionaria su agradecimiento a quienes la han apoyado. Pero coronó sus palabras sentenciando: "A quienes por inseguridad o envidia o por las dos cosas juntas, sin fundamento, sólo critican por criticar, nuestro desprecio".

Era muy notoria su alusión a recientes exámenes sobre el desarrollo del turismo. Se refirió, por consiguiente, a la crítica en los medios de información. Los responsables de editar nuestros trabajos en los diarios nunca hubieran permitido que expresáramos nuestro desprecio por un funcionario o funcionaria. Esa es la ventaja de criticar a los críticos.